

Carol Rifka Brunt

Deja escapar a los lobos

Traducción:
ÁLVARO ABELLA VILLAR



MAEVA

Para Maddy, Oakley y Julia

UNO

Aquella tarde, nuestro tío Finn estaba pintando un retrato de mi hermana Greta y de mí porque sabía que se estaba muriendo. Sucedió después de que yo comprendiera que, de mayor, ya no iba a mudarme a su piso para vivir con él el resto de mi vida. Cuando ya no creía que toda esa historia del sida fuera una especie de gran malentendido. La primera vez que el tío Finn nos lo pidió, mi madre se negó. Dijo que tenía algo de macabro. Le resultaba muy doloroso imaginarnos a las dos sentadas en el piso de Finn, con sus grandes ventanales y aquel aroma a lavanda y naranja; imaginarse a su hermano mirándonos como si fuera la última vez que nos vería. Además, añadió, se tardaba mucho en ir de Westchester a Manhattan. Se cruzó de brazos, miró los ojos azules de pajarito que tenía Finn y le dijo que no disponía de mucho tiempo esos días.

—A mí me lo vas a decir —repuso él.

Aquello fue lo que venció su resistencia.

Ahora tengo quince años, pero aquella tarde aún tenía catorce. Y Greta dieciséis. Era 1986, finales de diciembre, y llevábamos seis meses yendo a visitar a Finn una tarde de domingo al mes. Siempre íbamos mamá, Greta y yo. Papá nunca nos acompañaba, y hacía bien. Él no formaba parte de aquello.

Yo me sentaba en la última fila de asientos del monovolumen y Greta iba en la de delante. Yo me encargaba de que nos pudiéramos así para poder observarla sin que ella se diera cuenta.

Mirar a la gente es un buen entretenimiento, pero debes hacerlo con cuidado. No puedes permitir que alguien te pille espíandolo. Si te descubren, te tratan como a un criminal peligroso. Y puede que estén en su derecho. Quizá debería ser delito intentar ver cosas que la gente no quiere que veas. De Greta, me gustaba observar cómo su pelo oscuro y liso reflejaba el sol, y cómo los extremos de las patillas de sus gafas parecían dos lagrimitas agazapadas detrás de sus orejas.

Mi madre ponía KICK FM, la emisora de *country*, y aunque no me gusta demasiado esa música, a veces, si se lo permites, el sonido de toda esa gente dejándose el corazón en las canciones logra traerte a la memoria recuerdos de viejas barbacoas familiares en el jardín, niños lanzándose en trineo por las colinas nevadas y cenas de Acción de Gracias. Cosas sanas. Por eso a mi madre le gustaba escucharla cuando íbamos a casa de Finn.

No hablábamos mucho durante esos viajes a la ciudad. Solo se escuchaba la suave marcha del coche, el soniquete de la música *country* y las aguas grises del río Hudson, con la también gris e imponente Nueva Jersey en la otra orilla. Yo miraba a Greta todo el rato porque así evitaba pensar demasiado en Finn.

La última vez que lo visitamos fue un domingo lluvioso de noviembre. Finn siempre había sido flacucho —como Greta, como mi madre, como a mí me hubiera gustado ser—, pero durante aquella visita vi que mi tío había alcanzado una nueva categoría de delgadez. Todos los cinturones le quedaban grandes, por lo que se había anudado una corbata verde esmeralda a la cintura. Yo me preguntaba cuándo habría sido la última vez que se la había puesto, tratando de adivinar con qué clase de acontecimiento pegaría algo tan brillante e iridiscente, cuando de pronto Finn levantó la vista del cuadro y, con el pincel en el aire, nos dijo:

—Ya no queda mucho.

Greta y yo asentimos, aunque sin saber si se refería al cuadro o a su muerte. Más tarde, en casa, le comenté a mi madre

que el tío Finn parecía un globo desinflado. Greta dijo que a ella le parecía una polilla gris envuelta en una telaraña gris. Eso fue porque todo en Greta es más hermoso, hasta su forma de decir las cosas.

Ahora estábamos ya en diciembre, una semana antes de Navidad, atrapadas en un atasco cerca del puente George Washington. Greta se giró desde su asiento para mirarme. Puso una sonrisita torcida y buscó en el bolsillo de su abrigo una ramita de muérdago. Mi hermana llevaba las dos últimas Navidades haciendo eso, andar por ahí con un trozo de muérdago para sobresaltar a la gente. Se lo llevaba al instituto, y en casa lo usaba para asustarnos. Su truco preferido era acercarse con sigilo por detrás a nuestros padres, dar un salto y sostener la ramita encima de sus cabezas. Mis padres no eran de los que se hacen demostraciones de afecto en público, y por eso a Greta le encantaba obligarlos a hacerlo. En el coche, Greta sacudió el muérdago en el aire, rozándome la cara.

—Espera y verás, June —dijo—. Voy a poner esto encima de ti y el tío Finn, y entonces ¿qué harás? —Me sonrió, aguardando una respuesta.

Yo sabía lo que estaba pensando. Tendría que ser desagradable con Finn o arriesgarme a que me contagiara el sida, y ella quería verme decidir. Greta sabía la clase de amigo que Finn era para mí. Sabía que me llevaba a galerías de arte, que me enseñó a difuminar mis dibujos de caras frotando con un dedo las líneas del lápiz. Y sabía que ella no formaba parte de esas cosas.

Me encogí de hombros.

—Solo me dará un beso en la mejilla.

Pero incluso mientras lo decía, tenía en mente que ahora los labios de Finn estaban siempre agrietados y abiertos. A veces tenían rajitas que le sangraban.

Greta se inclinó hacia mí, apoyando los brazos en el respaldo de su asiento.

—Sí, pero ¿cómo sabes que los gérmenes de un beso no pueden filtrarse por la piel de tu mejilla? ¿Cómo puedes estar

segura de que no encontrarán un modo de colarse en tu sangre a través de los poros?

No lo sabía. Y no quería morir. Ni tampoco volverme gris.

Me encogí otra vez de hombros. Greta se enderezó y volvió a mirar al frente, pero aunque estuviera de espaldas supe que estaba sonriendo.

Empezó a caer aguanieve y las pepitas de hielo húmedo repicaron contra la ventanilla. Mientras recorríamos las calles de la ciudad intenté pensar en algo bueno que responder a Greta, algo que le dejara claro que Finn jamás me pondría en peligro. Pensé en todas las cosas que mi hermana no sabía de él. Por ejemplo, lo que hizo para que yo supiese que el retrato era solo una excusa: la forma en que se había fijado en mi expresión la primera vez que fuimos a posar para el retrato; cómo después esperó a que mi madre y Greta salieran primero y, cuando estábamos los dos solos en el estrecho recibidor del piso, puso la mano en mi hombro, se agachó y me susurró al oído: «¿Cómo, si no, iba a conseguir pasar estos domingos contigo, cocodrilo?»

Pero aquello era algo que jamás le contaría a Greta. En vez de eso, cuando ya estábamos en el oscuro aparcamiento, bajando del coche, le solté:

—Da igual, la piel es impermeable.

Greta cerró la puerta de un golpe y rodeó el monovolumen hasta ponerse a mi lado. Se plantó allí unos segundos, mirándome fijamente. Observó mi cuerpo grande y desgarrado. Ajustó las correas de su mochila a sus hombros de gorrión y meneó la cabeza.

—Cree lo que quieras —dijo, y se dio la vuelta para dirigirse a las escaleras.

Pero eso era imposible y Greta lo sabía. Puedes intentar creer lo que quieras, pero nunca funciona. Tu cerebro y tu corazón deciden lo que vas a creer, así son las cosas. Te guste o no.

En casa del tío Finn mi madre se pasaba las horas en la cocina, preparándonos té en una magnífica tetera rusa dorada, roja y azul, con ositos bailarines grabados en los bordes. Finn

decía que la reservaba para servir té a su gente favorita. La tetera siempre nos estaba esperando cuando lo visitábamos. Desde el salón, podíamos oír cómo mi madre ordenaba los armarios de Finn, sacaba tarros y latas, platos y jarras, y volvía a colocarlos bien. De vez en cuando nos servía un té, que normalmente se enfriaba porque Finn estaba ocupado pintando, y a Greta y a mí no se nos permitía movernos. Esos domingos, mi madre casi no miraba a Finn. Resultaba obvio que se le partía el corazón al ver que su único hermano estaba muriéndose. Pero a veces me parecía que había algo más. Tampoco miraba nunca el cuadro. Entraba, dejaba la tetera y pasaba frente al caballete con la cabeza vuelta hacia otro lado. A veces me parecía que no era Finn, que era el lienzo, los pinceles y la pintura lo que mi madre intentaba no ver.

Aquella tarde estuvimos sentadas durante hora y media mientras Finn nos pintaba. Tenía puesto el *Réquiem* de Mozart, que a él y a mí nos encantaba. Aunque no creo en Dios, el año anterior había convencido a mi madre de que me dejara unirme al coro de la iglesia católica de nuestra ciudad para poder cantar el *Kyrie* de Mozart en Semana Santa. En realidad no sé cantar, pero la cosa es que, si cierras los ojos mientras cantas en latín y te pones al fondo para posar una mano en la fría pared de piedra de la iglesia, puedes imaginarte que estás en la Edad Media. Por eso lo hacía. Por ese motivo me metí en aquello.

El *Réquiem* era un secreto entre Finn y yo. Solo de nosotros dos. No necesitábamos ni mirarnos cuando lo ponía. Los dos comprendíamos. Una vez, me llevó a un concierto en una bonita iglesia de la Calle 84 y me dijo que cerrara los ojos y escuchara. Aquella fue la primera vez que lo oí, y me enamoré de esa música.

—Te pillas por sorpresa, ¿verdad? —me dijo—. Te hace creer que es agradable e inofensiva; avanza vacilante, y luego, de repente, ¡bum! Se lanza y va subiendo, amenazadora. Toda esa percusión y esas cuerdas agudas en crescendo, y voces oscuras

y profundas. Luego, igual de rápido, vuelve a bajar. ¿Lo ves, cocodrilo? ¿Lo ves?

«Cocodrilo» era el apodo que me puso Finn porque decía que yo parecía de otra época, que andaba agazapada, observando y esperando, antes de decidir qué hacer. Me encantaba que me llamara así. Estaba allí sentado, en aquella iglesia, esforzándose en que yo entendiera la música.

—¿Lo ves? —repitió.

Lo veía, sí. Al menos, eso creía. O quizá solo fingía verlo, porque lo último que quería era que Finn pensase que era tonta.

Aquella tarde el *Réquiem* flotaba sobre todas las cosas hermosas que había en el piso de Finn. Sus alfombras turcas de lana suave. El viejo sombrero de seda con un lado desgastado vuelto hacia la pared. El viejo tarro lleno de púas de guitarra de todos los colores y formas; púas en conserva, las llamaba Finn, porque las guardaba en un tarro. La música se expandía por el pasillo, pasando de largo por la puerta de su dormitorio, que siempre estaba cerrada; era un lugar privado. Mi madre y Greta no parecían fijarse en cómo los labios de Finn se movían con la música: *voca me cum benedictus... gere curam mei finis...* No tenían ni idea de que estaban escuchando una canción de muerte, lo cual no estaba mal, porque si mi madre hubiera sabido de qué trataba esa música, la habría quitado al instante. *Ipsa facto*.

Pasado un rato, Finn giró el lienzo para que lo viéramos. Fue algo importante, porque era la primera vez que nos lo enseñaba.

—Acercaos más, chicas —dijo. Nunca hablaba mientras trabajaba, por eso cuando por fin abrió la boca, su voz salió como un susurro débil y seco. Un destello de vergüenza cruzó su rostro, y luego alargó el brazo para alcanzar una taza de té frío, beber un sorbo y aclararse la garganta—. Danni, tú también. Ven, echa un vistazo.

Mi madre no respondió, así que él insistió:

—Venga, solo un segundo. Quiero saber tu opinión.

—Luego —respondió ella desde la cocina—. Ahora estoy ocupada.

Finn siguió mirando hacia allí, como si esperara que cambiase de opinión. Cuando resultó obvio que no iba a hacerlo, frunció el ceño y se volvió de nuevo hacia el retrato.

Se levantó de la vieja silla azul en la que se sentaba para pintar, con una mueca de dolor al apoyarse en el respaldo para mantener el equilibrio. Se alejó un paso y pude ver que, aparte de la corbata verde a la cintura, el único color que había en Finn eran las manchitas de pintura que salpicaban su bata blanca. Los colores de Greta y míos. Me entraron ganas de arrebatarme el pincel para colorearlo, devolverlo a su antiguo ser.

—Gracias a Dios —dijo mi hermana, estirándose y alzando los brazos por encima de la cabeza mientras sacudía el pelo.

Contemplé el retrato. Finn me había puesto ligeramente en primer plano, aunque no estábamos sentadas así. Sonreí.

—Aún no está acabado, ¿verdad? —pregunté.

Él se acercó y se puso a mi lado. Ladeó la cabeza y observó el lienzo, a la Greta pintada y luego a mí pintada. Entornó los ojos mirando directamente a los ojos de esa otra yo. Se inclinó hasta que su cara casi rozó el lienzo húmedo, y sentí que se me ponía piel de gallina.

—No —dijo sacudiendo la cabeza, con la mirada todavía fija en el retrato—. No del todo. ¿Lo ves? Falta algo. Quizá algo en el fondo... Tal vez un poco más de pelo. ¿Qué os parece?

Respiré aliviada y mi pecho se relajó, incapaz de contener una sonrisa. Asentí con convicción.

—Yo también lo creo. Creo que deberíamos venir unas cuantas veces más.

Finn me devolvió la sonrisa y frotó su pálida mano sobre su pálida frente.

—Sí, unas cuantas más —dijo.

Nos pidió opinión sobre cómo estaba quedando el cuadro. Yo dije que fantástico, pero Greta no dijo nada. Mi hermana nos daba la espalda. Ni siquiera estaba mirando el retrato. Tenía las manos metidas en los bolsillos y, cuando se giró lentamente, su cara estaba inexpresiva. Es algo típico de ella: puede ocultar lo que está pensando. Lo siguiente que supe es que había sacado su muérdago y lo blandía en un arco como

cortando el aire por encima de nuestras cabezas, como si sostuviera algo más que un puñado de hojas de Navidad y bayas. Finn y yo alzamos la vista y me dio un vuelco el corazón. Nos miramos apenas el tiempo que le lleva caer al granito de un reloj de arena o a una gota de un grifo flojo, y Finn, mi tío Finn, me leyó el pensamiento al instante. En aquella diminuta fracción de segundo vio que yo tenía miedo, así que me agarró la cabeza y me besó en el pelo con un roce tan ligero que podría haber sido una mariposa posándose.

Mientras volvíamos, le pregunté a Greta si creía que el sida podía contagiarse por el pelo. Se encogió de hombros y se dio la vuelta; pasó el resto del viaje mirando por la ventanilla.

Esa noche me lavé el pelo tres veces. Luego me lo envolví con una toalla, me acurruqué bajo las mantas e intenté dormir. Conté ovejas, estrellas y briznas de hierba, pero nada funcionó. Lo único en que podía pensar una y otra vez era en Finn. Pensé en su beso suave. Pensé en cómo, solo por un segundo, justo cuando se inclinaba sobre mí, el sida y Greta y mi madre habían desaparecido de la habitación. Solo estábamos él y yo en el más diminuto de los momentos diminutos, y sin poder evitarlo me pregunté cómo sería que me diera un beso en los labios, un beso de verdad. Ya sé que suena asqueroso, repugnante, pero quiero contar la verdad, y la verdad es que aquella noche estuve en la cama imaginándome el beso de Finn. Estuve en la cama pensando en todo lo que había en mi corazón de posible e imposible, de bueno y de malo, decible e indecible, y cuando todos esos pensamientos se fueron, solo quedó una cosa: lo muchísimo que iba a echar de menos a mi tío Finn.

DOS

Ir sola al bosque es lo mejor para imaginarte que estás en otra época. Es algo que solo puedes hacer sola. Si hay alguien contigo, es muy fácil acordarte de dónde estás en realidad. El bosque al que voy empieza detrás de los edificios del colegio y el instituto. Comienza allí, pero se extiende varios kilómetros hacia el norte, en dirección a Mahopac y Carmel, y más allá, hasta lugares cuyos nombres desconozco.

Lo primero que hago cuando me meto en el bosque es colgar mi mochila de la rama de un árbol. Luego camino. Para que funcione, tienes que andar hasta que dejes de oír los coches, y eso es lo que hago. Camino y camino hasta que lo único que escucho son los crujidos y chasquidos de las ramas y el murmullo del arroyo. Sigo el curso del agua hasta un lugar donde hay un muro de piedra medio derruido y un enorme arce con un cubo oxidado clavado en el tronco, justo por encima de mi cabeza. Ese es mi sitio. Ahí es donde me detengo. En el libro *Una arruga en el tiempo* se dice que el tiempo es como una gran manta vieja y arrugada. A mí me encantaría caerme en una de esas arrugas. Que me tragara. Esconderme en un pliegue pequeño y estrecho.

Normalmente me sitúo en la Edad Media. Por lo general, en Inglaterra. A veces canturreo fragmentos del *Réquiem*, aunque ya sé que el *Réquiem* no es medieval. Y lo observo todo —piedras, hojas caídas, árboles muertos— como si poseyera el don de leer esas cosas. Como si mi vida dependiera de comprender exactamente lo que el bosque tiene que decirme.

Me aseguro de llevar el viejo vestido Gunne Sax de Greta, de cuando tenía doce años. Me queda muy pequeño, así que tengo que ponerme una blusa por debajo y dejar los botones

de la espalda abiertos. Más que medieval parece sacado de *La casa de la pradera*, pero es lo mejor que puedo conseguir. Y luego están mis botas medievales. Todo el mundo sabe que el calzado es la parte más difícil de acertar. Durante mucho tiempo solo tuve unas zapatillas Keds negras, y me esforzaba por no mirarlas demasiado ya que estropeaban el conjunto.

Conseguí las botas, que son de ante negro con lazos cruzados de cuero, en la feria medieval que se organiza en los jardines del museo de los Cloisters. Fue en octubre, mi tío ya llevaba cuatro meses pintando el retrato y era la tercera vez que me llevaba a la feria. La primera vez fue idea suya, pero las otras dos, mía. En cuanto las hojas comenzaban a amarillear y retorcerse, yo empezaba a darle la tabarra.

—Te estás convirtiendo en una medievalista profesional, cocodrilo —me decía—. ¿Qué te he hecho?

Tenía razón, pero era culpa suya. El arte medieval era el preferido de Finn, y a lo largo de los años nos pasamos horas y horas mirando sus libros. Esa tercera vez que fuimos a la feria, él ya estaba muy delgado. Hacía fresco, lo bastante como para llevar un jersey de lana, y Finn llevaba dos, uno encima del otro. Bebimos sidra caliente con especias, y estábamos los dos solos entre el olor grasiento de un cochinillo que se tostaba en un asador, música de laúd, el relincho de un caballo que participaba en un torneo simulado y el tintineo de las campanillas del cetrero. Finn vio las botas ese día y me las compró porque sabía que me encantarían. Se quedó conmigo en el puesto de aquel zapatero, atando bastos lazos de cuero una y otra vez como si fuera lo que más le apeteciera hacer. Si no me quedaban bien, me ayudaría a sacármelas. A veces, su mano me rozaba el tobillo o la rodilla desnuda y yo me sonrojaba. No se lo dije, pero me aseguré de elegir un par de números más grande. No me importaba cuántos calcetines tuviera que ponerme. No quería crecer y que esas botas se me quedaran pequeñas.

Si tuviera mucho dinero compraría hectáreas de bosque, levantaría una muralla alrededor y viviría allí como si estuviera

en otra época. Quizá buscarse una persona para llevármela a vivir conmigo, alguien dispuesto a prometer que jamás diría una palabra sobre nada del presente. Dudo que pueda encontrar a nadie así. Todavía no he conocido a nadie dispuesto a realizar esa clase de promesa.

Solo hay una persona a la que he contado lo que hago en el bosque, y esa persona es Finn, y eso que ni siquiera tenía pensado decírselo. Estábamos volviendo a su casa después de ver *Una habitación con vistas* en el cine. Finn empezó a hablar sobre lo cautivadores que eran los personajes, porque se escondían muy bien bajo múltiples capas y resultaba muy interesante ver cómo intentaban quitárselas mutuamente. Muy romántico, comentó. Dijo que ojalá las cosas pudiesen ser así ahora. Yo quería hacerle saber que le entendía, que daría cualquier cosa por volver atrás en el tiempo, así que le conté lo del bosque. Se rio, me dio un golpecito con el hombro y me llamó bicho raro, y yo lo llamé chiflado por pasarse el día pensando en pintar. Luego nos reímos, porque sabíamos que teníamos razón, que éramos los bichos más raros del mundo entero. Ahora que Finn ya no está, nadie sabe que voy al bosque al salir de clase. A veces, creo que nadie ni siquiera se acuerda de que ese bosque existe.

TRES

Nunca nos entregaron el retrato. No oficialmente. Ni de palabra.

Debido a que nunca se acabó. Al menos, eso había dicho Finn. Teníamos que seguir yendo para una sesión más, y otra más. Nadie puso pegas, excepto Greta, que dejó de ir a casa de Finn los domingos. Dijo que si solo estaba pintando el fondo, no necesitaba que estuviéramos allí. Que tenía mejores cosas a las que dedicar las tardes de domingo. Era una mañana muy fría de enero, el primer día de clase tras las vacaciones de Navidad, y estábamos esperando el autobús del colegio delante de casa, que está en Phelps Street, una de las últimas calles de la ruta del autobús. Vivimos en el extremo sur de la ciudad, y la escuela está en la salida norte. Por carretera, son unos tres kilómetros, pero si atajas por los jardines y atraviesas el bosque –cosa que hago a veces– es mucho menos.

Como nuestra casa es una de las últimas por las que pasa el bus, siempre es difícil saber exactamente cuándo llegará. A lo largo de los años, Greta y yo nos hemos pasado un montón de tiempo ahí fuera, esperando, contemplando la línea de céspedes de nuestra calle. Phelps es una mezcla de casitas y bungalós, exceptuando la mansión estilo Tudor de los Miller, en lo alto de una pequeña colina en una calle sin salida. Evidentemente, es una imitación de una casa Tudor, porque durante el período Tudor no había nadie en Westchester, solo los indios Mohegan, así que no sé a quién pretendían engañar los Miller. Probablemente a nadie. Probablemente ni siquiera se les pasó por la cabeza. Pero sí pasa por la mía cada vez que la veo. La nuestra es una casita azul celeste con contraventanas negras y un arce rojo que despliega sus ramas sobre el jardín.

Aquella mañana estaba dando saltitos para mantenerme en calor. Greta se apoyaba en el arce, examinando sus botines de ante nuevos. No paraba de quitarse y ponerse las gafas, echándoles aliento para luego limpiar el vaho.

—Greta.

—Qué.

—¿Qué cosas mejores tienes que hacer los domingos?

No estaba segura de si realmente quería saberlo. Crucé los brazos sobre mi abrigo, ajustándomelo.

Greta volvió la cabeza lentamente y esbozó una gran sonrisa con los labios apretados. Sacudió la cabeza y abrió mucho los ojos.

—Cosas que tú ni te imaginarías.

—Sí, claro —dije.

Greta se cambió de sitio y fue al otro lado del jardín.

Me figuré que se refería a tener sexo. Pero, bien pensado, igual no, porque eso podía imaginarlo. No quería, pero podía.

Se volvió a quitar las gafas y dejó los cristales blancos con su aliento.

—¡Eh! —le dije—. Otra vez nos toca ser huérfanas. Empieza la temporada de orfandad.

Greta sabía que me refería a la orfandad de la campaña de la declaración de la renta. Todos los años era igual. Tras el jolgorio de Navidad y Año Nuevo, nuestros padres desaparecían durante los peores meses del invierno. Salían de casa a las seis y media de la mañana y la mayoría de los días no volvían hasta las siete de la tarde como muy pronto. Así son las cosas para los vástagos de dos gestores. Así ha sido desde que tengo recuerdos.

En la temporada de impuestos, cuando nuestros padres tenían que irse antes de que llegara el autobús, solían encargar a la señora Schegner, la vecina de enfrente, que nos vigilara desde su ventana. Greta, con nueve años, esperaba el autobús conmigo, que tenía siete. Aunque sabíamos que la señora Schegner estaba allí cerca, nos parecía que estábamos solas. Greta me pasaba el brazo por el hombro y me arrimaba a ella. A veces, si el autobús

tardaba mucho o empezaba a nevar, mi hermana se ponía a cantar. Cantaba algo de *La película de los Teleñecos*, o a veces esa canción de James Taylor, «Carolina in my mind», del disco de grandes éxitos de mis padres. Ya entonces mi hermana tenía una gran voz. Era como si fuera otra persona cuando cantaba. Como si hubiera una Greta completamente distinta, escondida por ahí en alguna parte. Cantaba y me abrazaba con fuerza hasta que veía el autobús doblar la esquina. Entonces me decía, o quizá se decía a sí misma: «¿Ves? No ha sido tan malo, ¿ves?»

No sabía si Greta se acordaría de eso. Yo sí. Incluso cuando mi hermana ya era mala, podía mirarla y acordarme de cómo había sido.

Ahora me miró un instante, intentando no mostrar interés, fingir que le daba igual. Se llevó las manos a las caderas.

—Vaya, qué drama más terrible, June. Tus padres trabajan hasta tarde. Vas a tener que sobrellevarlo con valentía.

Se volvió y me dio la espalda hasta que el autobús se acercó lentamente por la calle.

Fui tres veces más a casa de Finn con mi madre. Empezamos a ir cada dos semanas, en lugar de solo una vez al mes, y no siempre los domingos. Me hubiera encantado haber ido sola, como solía hacer antes, al menos una de las dos veces. Quería tener una larga conversación con él. Pero cada vez que sacaba el tema, mi madre decía: «Quizá la próxima vez. ¿De acuerdo, Junie?», lo cual no era en realidad una pregunta. Era mi madre diciéndome cómo iban a ser las cosas. Empezaba a parecerme que nos usaba al retrato y a mí como excusa para ir a la ciudad y pasar más tiempo con Finn. Nunca me pareció que ella y su hermano estuvieran muy unidos, y quizá mi madre empezaba a lamentarlo. Ahora era como si yo fuera una especie de caballo de Troya que ella podía montar. No era justo, y en el fondo, extendiéndose por allí como arenas movedizas, estaba el hecho de que no habría muchas próximas veces. Sin que hiciera falta decirlo, quedaba claro que las dos estábamos rebañando las últimas horas de Finn.

El domingo que terminó siendo el último que fuimos a su casa, Greta estaba sentada en su habitación, pintándose las uñas de dos colores. Alternaba una morada, una negra, una morada, una negra... Me senté en su cama deshecha y la observé.

—Greta —dije—, ya sabes que no queda mucho. Con Finn, quiero decir.

Necesitaba asegurarme de que ella lo entendía. Mi madre decía que era como una cinta de casete que no se podía rebobinar. Pero era difícil recordar que no podías rebobinarla cuando estabas escuchándola. Así que te olvidabas, te dejabas llevar por la música, escuchabas, y entonces, sin siquiera darte cuenta, la cinta de repente se acababa.

—Pues claro que lo sé —dijo—. Ya sabía que tío Finn estaba enfermo mucho antes de que tú te enteraras de nada.

—¿Y por qué no vienes con nosotras?

Dejó los pintaúñas negro y morado en su balda del maquillaje. Luego sacó un frasco de rojo oscuro y le quitó la tapa. Con cuidado, pasó el pincelito por el borde del frasco. Recogió las rodillas contra el pecho y se pintó las uñas de los pies, comenzando por el meñique.

—Porque va a terminar ese cuadro de un modo u otro —respondió, sin molestarse en mirarme—. Además, sabes tan bien como yo que si por él fuera, ni siquiera me habría incluido en el retrato. Solo saldría su querida Junie, solita.

—Finn no es así.

—Da igual, June. La verdad es que no me importa. No pasa nada. Cualquier día sonará el teléfono y te enterarás de que Finn ha muerto, y entonces tendrás una vida entera llena de domingos para preocuparte. ¿Qué harás entonces, eh? Ya no importa. Un domingo más o menos. ¿No lo sabías?

No respondí. Greta siempre sabía cómo dejarme sin palabras. Cerró la tapa del frasquito de esmalte de uñas y flexionó sus dedos recién pintados. Luego se volvió hacia mí.

—¿Qué? —dijo—. Deja de mirarme.

CUATRO

La temporada de la renta siempre olía a guiso. Casi todos los días, mi madre dejaba sobre la encimera de la cocina la olla eléctrica amarillo mostaza, cociendo a fuego lento algo para nuestra cena. No importaba lo que hubiera dentro –pollo, verduras, alubias–, todo olía a guiso una vez que pasaba por ese trasto.

Eran las cuatro en punto y Greta estaba en sus ensayos de teatro del instituto. Tenía uno de los papeles secundarios más importantes en *South Pacific*, el de Bloody Mary, que consiguió por lo bien que canta y porque es bastante morena, al menos de ojos y pelo, así que solo tenían que ponerle algo de maquillaje oscuro y lápiz de ojos para que pareciera una polinesia. Nos había dicho que tendría que quedarse en el instituto casi todos los días «hasta tarde».

Era un hecho bien conocido que, de todos los institutos de la zona, el nuestro era el que hacía los mejores musicales. Algunos años incluso venía gente de la ciudad a ver nuestras representaciones. Gente del teatro, coreógrafos, directores y tal. Circulaba el rumor de que, en una ocasión, hacía unos diez años o así, un coreógrafo vio la obra y una de las chicas del último curso le pareció tan buena que le consiguió un papel en *A Chorus Line* después de la graduación. Cada nuevo curso se comenta esa historia, y aunque todos dicen que no se la creen, en realidad sí se la creen. Quieren creer que un cuento de hadas como ese podría ocurrirles a ellos.

La temperatura llevaba varios días siendo de un solo dígito, demasiado frío para ir al bosque, así que estaba sola en casa,

sentada a la mesa de la cocina haciendo los deberes de geología, cuando sonó el teléfono.

—¿Señora Elbus? —dijo un hombre de voz poco clara, acuosa.

—No.

—Oh... Vaya. Perdón. ¿Está la señora Elbus? —No solo acuosa: también tenía acento. De Inglaterra, tal vez.

—No ha vuelto todavía. ¿Quiere dejarle un mensaje?

Hubo una pausa, y luego dijo:

—¿June? Esto... ¿eres June?

Ese hombre, con quien nunca había hablado, conocía mi nombre. Sentí como si sus dedos treparan por el cable del teléfono.

—Llame más tarde —dije, y colgué sin más.

Recordé aquella película en que una chica hace de canchero y alguien no para de llamar y le dice que la está viendo y que debería comprobar cómo están los niños, y ella se va asustando cada vez más. Eso fue lo que me hizo sentir aquella llamada. Aunque el tipo no había dicho nada para asustarme, di vueltas por la casa cerrando puertas y ventanas. Me senté en el suelo de la cocina cerca del frigorífico y abrí una lata de Yoo-hoo.

Entonces, el teléfono volvió a sonar. Sonó y sonó hasta que saltó el contestador. Y ahí estaba la misma voz.

—Lo siento, de verdad, lo siento mucho si te he asustado. Llamaba por tu tío. Finn, el de la ciudad. Volveré a llamar más tarde. Eso es todo. Lo siento.

Tío Finn. Conocía a tío Finn. Me quedé helada. Tiré el resto del refresco por el fregadero y me paseé de un lado a otro por el linóleo de la cocina. Finn había muerto. Yo sabía que Finn había muerto.

Descolgué el teléfono y marqué su número, que me sabía de memoria. Sonó dos veces antes de que contestaran, y cuando escuché el clic de una persona levantando el auricular, un torrente de alegría me inundó el pecho.

—¿Finn? —Silencio—. ¿Finn? —pregunté de nuevo mientras la desesperación se deslizaba por mi voz.

—Me temo que... esto... no. Finn no...

Colgué rápidamente. Era la misma voz. El mismo hombre que había dejado el mensaje en el contestador.

Corrí a mi cuarto. Nunca me había resultado tan pequeño, parecía haber encogido. Miré mis estúpidas velas de mentira y mi estúpida colección de libros de *Elige tu propia aventura*, mi hortera edredón rojo con un falso estampado de tapiz. La ciudad parecía encontrarse a miles de kilómetros de allí. Como si, al perder a Finn, hubiese perdido también el peso que la retenía. Como si hubiera salido flotando.

Me arrastré bajo la cama y cerré los ojos con fuerza. Me quedé allí dos horas, respirando el aroma a guiso pasado, fingiendo que era un ser antiguo y enterrado, esperando a que la puerta de casa se abriera para entonces taparme los oídos y evitar oír cómo alguien volvía a escuchar ese estúpido mensaje en el contestador.

CINCO

Lo que había dicho Greta —que había sabido de la enfermedad de Finn antes que yo— era probablemente cierto. Mi hermana no estaba presente cuando yo me enteré. Ese día se suponía que mi madre me iba a llevar al dentista, pero entonces, sin pronunciar palabra, giró a la izquierda en Main en lugar de a la derecha, y lo siguiente que supe fue que estábamos en la cafetería Mount Kisco Diner. Tendría que haber sospechado desde el principio que había algo raro, porque Greta y yo siempre íbamos juntas al dentista, y en esa ocasión solo estábamos mi madre y yo. Quizá mi madre tenía la esperanza de que no ir al dentista me aliviaría tanto que la noticia de Finn no me caería tan mal. Se equivocaba. Me gusta ir al dentista. Me gusta el sabor del gel de flúor y me gusta que, durante los veinte minutos que paso en la silla del doctor Shippee, mis dientes sean para él lo más importante del mundo.

Nos sentamos en un reservado, lo cual significaba que disponíamos de una gramola para nosotras. Sin que se lo pidiera, mi madre me dio una moneda y me dijo que eligiera unas canciones.

—Algo bueno, ¿vale? Algo alegre.

Asentí. No sabía de qué íbamos a hablar, así que elegí «Los Cazafantasmas», «Girls just want to have fun», y «99 Luftballons». La máquina tenía las versiones inglesa y alemana de esta última canción. Escogí la alemana porque molaba más.

Mi madre pidió un café y nada para comer. Yo, tarta de limón y batido de chocolate.

«Los Cazafantasmas» empezó a sonar mientras yo repasaba las canciones de la gramola, leyendo los títulos uno a uno,

preguntándome si habría elegido bien. De repente, mi madre puso su mano encima de la mía.

—June —dijo, parecía que estaba a punto de echarse a llorar.

—¿Sí?

Respondió algo tan bajito que no lo oí.

—¿Qué? —pregunté, apoyándome en la mesa para acercarme a ella.

Lo repitió, pero solo pude ver sus labios moviéndose, como si no se esforzara por que la oyera.

Sacudí la cabeza. En la máquina, Ray Parker Jr. cantaba a todo pulmón que no tenía miedo de ningún fantasma.

Mi madre me indicó el asiento junto a ella y me senté a su lado. Entonces me agarró la cabeza y la acercó hasta que su boca rozó mi oreja.

—Finn está muriéndose, June —dijo.

Podía haber dicho que mi tío estaba enfermo —incluso muy enfermo—, pero optó por decirme directamente que su hermano se estaba muriendo. No siempre había sido así. No era de las que sueltan sin más las crudas verdades, pero quizá esa vez pensó que supondría menos palabrería, menos explicaciones. Porque ¿cómo iba a explicar algo así? ¿Quién podría? Me acercó a ella y nos quedamos así unos segundos, sin querer mirar a los ojos de la otra. Fue como si se produjera un atasco de tráfico en mi cerebro, pese a que había cientos de cosas que supuestamente debía decir.

—¿Tarta de limón?

De repente la camarera estaba ahí, con mi tarta en la mano, y tuve que apartarme y asentir. Miré aquella ridícula tarta esponjosa y feliz, y no me pude creer que apenas unos minutos antes yo fuera una chica a la que le apeteciese algo así.

—¿Cómo se está muriendo? —fue lo que finalmente dije.

Mi madre deslizó su dedo índice por la mesa: SIDA, escribió. Luego, como si la mesa fuera una pizarra, lo borró con la palma.

—¡Vaya! —Me levanté y volví a mi lado de la mesa. La tarta estaba allí mofándose de mí. Clavé el tenedor en ese estúpido y esperanzador merengue y lo abrí en canal.

Luego pegué la oreja al altavoz de la gramola. Cerré los ojos e intenté que todo el local desapareciera. Al comenzar «99 Luftballons», me senté y esperé a que Nena dijera «captain Kirk», las dos únicas palabras que comprendía de toda la canción.